Ruidos en la madrugada Autor: Manolo Campa

La madre de mi mujer era una persona admirable. Era gallega, nacida en Mugardos, un pueblito bellísimo cerca del Ferrol. Tenía dos hijas, mi esposa y mi cuñada, en cuyas casas residía alternadamente. Ayudaba enormemente a sus hijas en los quehaceres domésticos y el cuidado de los niños. ¡Era mi suegra!... y eso era una falla. Me gustaba hacerle maldades... sí, como hacen los niños majaderos, sin razón, por el solo hecho de mortificar.

Con cierto sentimiento de contrición pero también con el regocijo del que ganó una batalla al adversario, les cuento: El otoño estaba en su apogeo. La temporada ciclónica no había terminado. La noche estaba "de perros". Antes de acostarme miré al cielo y me sentí satisfecho de estar bajo techo. En las alturas los relámpagos iluminaban las nubes que veloces transportaban su carga de agua que pronto se convertiría en aguacero.

A lo lejos, pero más cerca cada vez, el estruendo de los truenos anunciaba la proximidad de la tormenta tropical. Faltaban unos minutos para que comenzaran las noticias de las diez de la noche. Además de querer conocer lo que estaba pasando en el mundo, me interesaba saber el estado del tiempo. Pero me puse fatal... el único televisor que teníamos estaba en poder de mi suegra. Se había incautado de él para ver las novelas con que me martirizaba cuando estaba en mi casa. ¡Qué noche aquella! Fuera, una tormenta tropical... dentro una gallega tempestuosa.

La inclemencia de los elementos me ayuda a dormir mejor. Cuando disfrutaba del sueño, bruscamente una mano me sacudió por un hombro y me despertó. De mala gana abrí los ojos y oí, casi sin ver, a mi mujer que me decía: "llueve mucho, está tronando y relampagueando". Suspiré profundamente para contener unas palabrotas que me brotaban del alma y pensé con enfado: ¡Qué cosas tiene esta mujer! Despertarme para darme un "parte" sobre el tiempo a estas horas de la noche.

"¿No estás oyendo?" me preguntó con nerviosismo. Gruñendo le contesté que no estaba interesado en escuchar a esas horas de la madrugada, ni el poético repiqueteo de las gotas de lluvia golpeando las ventanas, ni el estruendo de los truenos, ni el concierto de las ranas en su romería en los charcos.

"Alguien está serruchando la puerta de la terraza", me dijo con alarma y temor. Recapacité y con voz de hombre corpulento, pregunté: ¿Quién anda ahí?... Nadie contestó... continuaban serruchando. Poniendo un poco de atención logré determinar que nadie estaba serruchando la puerta... Mi perra, asustada por los truenos y los relámpagos, frenética, arañaba la puerta para que la dejasen entrar.

Pausadamente, con ese tono de superioridad que emplean los investigadores privados en los programas de televisión cuando han descubierto al culpable, se lo dije a mi mujer para que se tranquilizara... y sobre todo, para que me dejara dormir.

Abochornada, no me dijo ni media palabra... pero pasada la pena, al minuto me pidió que fuese a ver a la perra. De mala gana abandoné el calor de la cama y en ropas menores salí del cuarto. Mientras tanto la lluvia había cesado y la perra se había calmado. Llegué a la terraza y comprobé que todo estaba bien. Mi suegra estaba afuera acariciándola y dándole consuelo.

Por la puerta entreabierta se colaba un airecillo frío capaz de producirle la gripe al mismísimo "superman". Para evitar que la casa se llenase de aquel aire malsano, sin hacer ruido para no distraer a mi suegra, cerré la puerta, le puse el cerrojo y regresé a mi cama.

En mi mente dos sentimientos luchaban entre si: En una esquina (como en los cuadriláteros de boxeo) mi conciencia me hacía sentir como el niño majadero que acababa de hacer una maldad. En la otra esquina, el diablillo burlón que también llevo dentro, me ayudaba a sentir la satisfacción del villano que se frota las manos y exclama jubiloso: ¡Misión cumplida!

Llegué al cuarto y le informé a mi mujer que sus órdenes fueron cumplidas: "Comprobé que la perra estaba bien"... y me acosté sin decir más. No había acabado de poner la cabeza en la almohada cuando comenzó el aguacero de nuevo... y los ruidos: ahora se escuchaban los arañazos de la perra y los porrazos de mi suegra en la puerta. Mi mujer se levantó para ver la causa de los golpes en la puerta de la terraza pues yo "intencionalmente" me dormí profundamente y no pudo despertarme.

Mi suegra se acatarró y se fue para la casa de la otra hija sin despedirse de mí. Mi mujer estuvo varios días hablándome estrictamente para darme órdenes y se declaró en "huelga de cocina". Durante esos días desayuné, almorcé y cené "corn flakes" y café con leche… pero acepté aquella dieta con la satisfacción y el consuelo de que las tormentas ya se habían ido.

EN SERIO:

Hay palabras tan bien dichas o escritas que merecen ser del dominio de todos. El 8 de septiembre próximo pasado, recibí una carta que pertenece a esa categoría, escrita por Sor Hilda Alonso, Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl. Con su autorización la transcribo:

"Dios es el que salva. Y entre la fuerza que se desarrolla dentro de la borrasca con el odio y el egoísmo, Dios entra en nuestro batallar con el amor que es el que triunfa.

El Santo Padre dice: 'Aunque las fuerzas del mal parezcan invencibles, al final el amor siempre triunfará'. Tarea diaria, vencer el mal con el bien, es la lucha del hombre hoy y siempre. Nos toca a nosotros estar alertas; si son embates de la naturaleza pedir a Dios misericordia para todos, si son embates del hombre contra el hombre, hermano contra hermano, pedir a Dios misericordia para todos. En primer lugar y siempre venga la misericordia de nuestro Padre a librarnos de todo mal.

Nos toca estar alertas si el que sufre es el hermano más cercano, presentarnos a él, y ayudémosle en su pesada carga, es el Cristo a quien con nuestras oraciones tenemos que hacer de cirineo.

Nos toca estar alertas en una oración continua, llenándonos de esperanza, aumentando y fortaleciendo nuestra fe para que por nuestro inmenso amor florezca la paz, contagiemos a los que nos rodean y la vida sea más llevadera para todos.

La caridad es amor. La Madre de la Caridad Nuestra Señora del Cobre nos bendiga a todos en cualquier rincón de la tierra donde nos encontremos. Somos sus hijos."